

Fragmento de la escena V de la obra *Deshuesadero*
(de Carlos Gonzáles Villanueva)

PABLO: ¿Por qué te comportas así?

ESTEBAN: Y tú, ¿por qué me hablas así?

PABLO: ¿Así cómo?

ESTEBAN: Como si nos tuviéramos confianza.

PABLO: Soy tu hermano.

ESTEBAN: Pues yo apenas te reconozco.

PABLO: Vine para hacerte entrar en razón pero veo que es imposible.

ESTEBAN. ¿Vienes, de dónde vienes?

PABLO: ¿Por qué te cuesta tanto trabajo hacerte cargo de ti mismo?

ESTEBAN: ¿Te das cuenta de la cantidad de preguntas que nos hemos hecho desde que entraste?

PABLO: Tal vez si te capacitaras.

ESTEBAN: Es que no nos conocemos.

PABLO: Yo podría pagarte algunos estudios.

ESTEBAN: Ni nos entendemos.

PABLO: Dime qué cursos quieres estudiar y listo .Fíjate que antes de venir para la casa pasé por uno de esos institutos donde te enseñan los últimos programas en computación

Pablo con creciente entusiasmo hace un gesto de haberse acordado de algo.

PABLO: Creo que tengo los folletos en mi portafolio,

Pablo sale, mientras sigue hablando.

PABLO: *(En off)* Sí, aquí lo tengo. Bueno en realidad pregunté sobre estos programas pensando en mis hijos, pero ya que te tengo aquí.

Esteban perplejo durante todo ese ir y venir de Pablo.

PABLO (*Pablo entra; se sienta en la silla*): Mira la cantidad de programas que puedes seguir, estoy seguro que te van interesar...

Aunque el entusiasmo de Pablo es vivaz y contagiante, a los oídos de Esteban su voz es cada vez menos audible al punto que Pablo ahora sólo parece gesticular. Se oscurece gradualmente el cuarto. Solo luz sobre Esteban que se sienta al pie de la cama.

Esteban con contenida desesperación, mirando a Pablo y al vacío alternativamente

ESTEBAN: No, no, no, Pablo. Es que aquí no se trata de estudios ni de cursos ni de capacitaciones, no se trata de un mejor trabajo y de un buen sueldo; se trata de...en realidad no sé de qué se trata. Quizá es miedo, quizá vergüenza, quizá simples deseos de no ganarme la vida, no lo sé. La sola idea de tener que levantarme cada mañana para cumplir con una absurda secuencia de acciones, sin creer en nada de lo que digo o hago, me hace sentir como una estafa en movimiento, el solo hecho de tener que orbitar entre futuros cadáveres y saludarlos, me confunde, me enerva. Ver con desconcierto como la gente se estrecha en relaciones afectivas, amicales, sexuales y como se corresponden de forma natural, sin sobresaltos, unidos por códigos impenetrables, a los que yo no puedo acceder.

Pausa.

ESTEBAN: Me siento tan hundido en la inutilidad, tan implacablemente torpe; tan risiblemente estúpido; quizá me avergüenza el hecho de tener que aceptar que yo al igual que cualquier común mortal, también aspiro secretamente a la vulgaridad del éxito, pero no sé cómo, no lo sé.

Esteban da un respingo y como acordándose de algo saca una cajetilla de cigarrillos que tenía escondida entre las sábanas. Enciende uno. Alarga un cigarrillo hacia la dirección donde está sentado Pablo pero es rechazado. Vuelve a esconder la cajetilla. Con renovada actitud y en otro tono de voz.

ESTEBAN: Pablo aunque te haga renegar, aunque muchas veces no podamos entendernos, tú sabes que en el fondo te quiero, eres el orgullo de mis padres y te lo agradezco. No sé qué haría sin ti.